

# La agonía del Estado empresario

Rolando González Arias \*

Emilio Romero Polanco\*\*

El último tercio del siglo XX está siendo testigo de profundas y aceleradas transformaciones económicas, tecnológicas, sociales y geopolíticas que involucran a todas las regiones y países de un mundo cada vez más interdependiente. Dentro de este cúmulo de vertiginosos cambios queremos hacer énfasis a un fenómeno de gran relevancia; la tendencia mundial a la desestatización de la economía y la agonía del Estado empresario.

A lo largo del presente siglo, los más diversos proyectos de desarrollo económico adoptados en las naciones industrializadas estuvieron asociados con diversas modalidades de intervención económica del Estado y su transformación en empresario directo.

La presencia activa del Estado en la conducción de la vida económica fue la respuesta del capitalismo ante las crecientes dificultades de la empresa privada y del mercado para regular la coyuntura económica y amortiguar los conflictos sociales o, para hacer frente a las necesidades de la economía de guerra como ocurrió en las condiciones originadas durante las dos grandes conflagraciones bélicas mundiales desatadas por las potencias económicas. Durante el periodo entreguerras la vigorosa presencia económica estatal se constituyó en la respuesta a la crisis económica y los conflictos sociales que amenazaban la estabilidad de los países capitalistas desarrollados tanto en su vertiente keynesiana asociada a la "economía del bienestar", como en su vertiente fascista adoptada por la Alemania nazi y sus aliados.

Las formas extremas de intervención estatal en la economía, la sociedad y la política fueron adoptadas por proyectos de signo ideológico anticapitalista como el impulsado en la Rusia Soviética al triunfo de la Revolución Bolchevique en 1917 y, posteriormente por los países del bloque del Este europeo al finalizar la Segunda Guerra Mundial, en donde los esquemas de la planificación central y el control estatal de las principales industrias se transformaron en los principales pilares de

la construcción económica del socialismo.

Los países subdesarrollados y dependientes como los latinoamericanos, emprendieron diversos proyectos industrializadores y modernizadores sobre la base de asignar un papel central al Estado y su intervención directa en la economía para fomentar y conducir estos procesos. Las movilizaciones sociales fueron un punto de apoyo para la legitimación de los Estados populistas que nacionalizaron empresas básicas y promovieron las estrategias industrializadoras por la vía de sustitución de importaciones, sobre la base de las llamadas "economías mixtas".

Por su parte, todos los países del llamado Tercer Mundo que ingresaban a una vida políticamente independiente, depositaban en los nuevos Estados emergentes y sus políticas nacionalizadoras, la espe-

ranza de defender sus recursos naturales de la expropiación externa y construir las bases técnico-materiales para superar su atraso secular e introducir elementos de igualitarismo en sus estructuras sociales.

La estatización de la vida económica adoptó formas tan intensas y duraderas en los diversos tipos de naciones (capitalistas, socialistas, industrializadas o atrasadas), que aun corrientes críticas del Estado burgués, como ciertas vertientes dogmáticas del marxismo, adoptaron posturas teóricas y políticas que consideraban que la presencia económica del Estado conformaba una fase nueva y última en el desarrollo global del capitalismo y asumían que el intervencionismo estatal se transformaba en una constante histórica irreversible que acompañaría al capitalismo hasta su ocaso final.



\* Profesor de la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

\*\* Investigador del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

El capitalismo, transformado en capitalismo monopolista de Estado se convertía en la fase última y más avanzada de este sistema económico y social. En la medida que el intervencionismo estatal era la respuesta del capitalismo ante la agudización de sus contradicciones internas, las nuevas crisis que surgieran en el mercado mundial, sólo podían ser enfrentadas con adicionales medidas de carácter regulador. En estos enfoques dogmáticos jamás se previó la posibilidad del surgimiento de una oleada reprivatizadora como respuesta a las crisis económicas y financieras de las economías de mercado. Curiosamente, su criticismo se transformaba en verdadera "estatolatría" cuando analizaban a los países empeñados en la construcción del llamado "socialismo real", en donde bastaba el control absoluto del Estado y los partidos únicos sobre el conjunto de la vida económica y social, así como el fomento a la planificación centralizada, que sustituya a los criterios del mercado en la asignación de los recursos productivos, para garantizar el desarrollo ininterrumpido de la producción material y el acceso de los pueblos al igualitarismo, el bienestar y la felicidad social.

Durante los últimos años la incapacidad de los Estados "benefactores", "populistas" o "comunistas" para garantizar el desarrollo económico y la superación de diversos y complejos desequilibrios tecnológicos, monetarios y financieros, han tocado fondo y han obligado a replantear sus roles como garantías de las condiciones generales de la producción y el fomento económico.

Al parecer los distintos expedientes gubernamentales que en décadas anteriores permitieron regular y amortiguar los efectos del movimiento cíclico de la economía parecen definitivamente agotados en los países capitalistas. Al mismo tiempo que los otrora todopoderosos Estados colectivistas del mundo socialista se derrumban como castillos de naipes, dejando tras de sí una estela de totalitarismo, corrupción e ineficiencias económicas.

Estas experiencias revelan que dentro de la compleja y contradictoria relación entre el Estado y el mercado, ambos fac-

tores aunque se condicionan mutuamente, necesitan encontrar equilibrios dinámicos para evitar que el peso de uno de los polos anule al otro, con consecuencias catastróficas para el conjunto de la economía; cuando se produce una excesiva liberalización del mercado se atenta contra las condiciones generales de reproducción de la sociedad y el estallido de los desequilibrios productivos se vuelve más violento, por el contrario cuando el intervencionismo estatal asfixia a la economía, la ineficiencia, la corrupción y la burocratización frenan las posibilidades del crecimiento económico y de una adecuada asignación de los recursos productivos.

Aunque la oleada neoliberal que sacude de manera irresistible a la gran mayoría de los países y regiones del mundo está nítidamente asociada a claras ideologías conservadoras y hegemónicas, no debe perderse de vista que su fuerza arrolladora se debe a que este proceso también expresa el inicio de una nueva etapa del desarrollo económico y del mercado mundial.

Si bien, el neoliberalismo se expresa a través de políticas e instrumentos similares, adoptados por los más distintos tipos de países (desincorporación de empresas estatales, apertura comercial, fomento a la inversión extranjera, estímulos a la inversión privada, disminución de subsidios y del gasto público, etc.), es importante advertir el carácter diferenciado de este proceso y de sus posibles consecuencias para distintas regiones del planeta:

Para los países altamente industrializados del mundo occidental, el neoliberalismo es un fenómeno de origen endógeno, impulsado por la voluntad y los intereses de los grandes complejos corporativos industriales y financieros que buscan fortalecer su hegemonía sobre el mercado mundial y consolidarse como los centros económicos, tecnológicos y militares de hegemonía mundial. El núcleo duro de articulación y conducción de esta nueva etapa de desarrollo del mercado mundial, así como su principal beneficiario se localiza, sin lugar a dudas, en los capitales transnacionales.

Para el bloque de países "ex-socialistas", la aceptación de los criterios de una

economía de mercado y la apertura a la competencia internacional y a la inversión extranjera, tiene consecuencias todavía inciertas y seguramente muy problemáticas. Sin embargo, es importante no perder de vista, el hecho que la adopción de políticas neoliberales, se produce sobre la base previa de una profunda democratización de estos países que posibilita un acrecentado control de la sociedad sobre el Estado y el nuevo rumbo económico adoptado. La modernización económica y política, en el marco de una intensa movilización social, puede sin duda, atenuar algunos de los efectos sociales negativos implícitos en el proyecto neoliberal. Además, la inexistencia de grupos empresariales nativos fuertes y experimentados puede propiciar que en algunos países o ramas de la industria, la desestatización de las empresas derive en nuevas formas de gestión social de las mismas que compitan con la empresa privada.

En el caso de diversos países englobados en el llamado Tercer Mundo, la situación es quizá más incierta y preocupante, ya que la adopción de los modelos neoliberales, ha sido en gran medida la resultante de factores exógenos a sus economías. En países como México y otros latinoamericanos, el proyecto neoliberal se impone sin que se realicen procesos previos de democratización social y política. La reforma económica y el mantenimiento del autoritarismo político no parecen ser la mejor fórmula para defender la soberanía nacional y enfrentar la crisis económica y financiera, sobre todo cuando las políticas neoliberales de desestatización, apertura externa y austeridad forzadas, son consecuencia no de posiciones libremente adoptadas por sociedades como la mexicana, sino de la voluntad de intereses externos (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, etc.), quienes imponen estos esquemas como condición para renegociar y aliviar parcialmente las abultadas deudas externas que han transformado a países como el nuestro en exportadores netos de capital para beneficio exclusivo de los países y bancos acreedores.